

# Editorial

■ Mayor General  
**Ricardo Gómez Nieto**  
Director Escuela Superior de Guerra



## Historia, memoria, identidad y futuro

La historia produce conocimiento y elementos de crítica para entender la existencia. La memoria produce identidad. La historia busca controlar la subjetividad y producir resultados ciertos, hasta donde sea posible. La memoria bordea los caminos más difíciles de la historia, pues carga con un fardo de emociones y sentimientos que, según el uso, pueden ser promotores de unidad y solidaridad o fuente permanente de desintegración y enfrentamiento. Para que sea positiva y aporte a la reconciliación, en el caso colombiano, la memoria requiere del acompañamiento de la investigación rigurosa de la historia, de su vigilancia y de su crítica con miras a que las identidades configuradas confluyan en reconocimientos mutuos y en una dinámica de “nunca más”.

Colombia tiene una experiencia para no olvidar. La violencia de los años cuarenta y cincuenta no fue objeto de tratamiento apropiado. Su recuerdo fue barrido y ocultado debajo de la alfombra.

El solo nombre con el que se recuerda la matanza, “*La Violencia*”, así no más, denuncia la intención de desconocimiento. Cuando un trabajo pionero de los temas que nos ocupan hoy, “*La Violencia en Colombia*”, apareció para revertir, y denunciar, la tendencia al olvido, se levantó una polvareda que casi logra ahogar el intento, y de paso, llevar al traste más de una carrera, de lo cual da testimonio el inolvidable General Álvaro Valencia Tovar. No hubo justicia, ni siquiera simbólica para los culpables de desatar los enfrentamientos y los sentimientos de impotencia de las víctimas supervivientes no fueron, seguramente, la menor de las causas de la pervivencia de las frustraciones y de los odios.

La sociedad debe guardarse de las explicaciones simplistas y de las anteojeras ideológicas que deforman la visión como los lentes mal recetados. Víctimas hay en Colombia de todos los tamaños y colores. Las hay entre los campesinos desplaza-

dos, aterrorizados y acallados. Las hay entre los miembros de las Fuerzas Militares y de la Policía Nacional; entre los funcionarios civiles del Estado. Las hay entre las capas sociales altas de los secuestrados y asesinados, como entre los pobres lanzados al turbión del desarraigo y la desprotección. Las hay por causa de sus identidades políticas y las hay por aquella proteica razón colombiana del “de malas”, del que resulta incómodo por estar donde un oponente no lo necesita. Por lo uno o por lo otro, de manera directa o indirecta, una enorme cantidad de colombianos han sufrido los horrores de una guerra inútil, que no ha sembrado nada diferente al rechazo que produce hoy entre la casi totalidad de la ciudadanía.

Todo lo anterior para pedir equilibrio y objetividad. Si bien la subjetividad no se puede eliminar, sí se puede encauzar y controlar. Los recuerdos permanecerán y convocarán solidaridades que no necesariamente se han de convertir en excluyentes. También pueden ser espejos para entender a los otros y propiciar más los abrazos que la amargura y el rechazo. Historia refinada y memoria cruda pueden ser aliadas si se asumen con rigor y buen tino.

Para las Fuerzas Militares y la Policía Nacional, un trabajo serio de memoria e historia resulta necesario. Han tenido una cuota de sacrificio sin igual. Se han enfrentado a enemigos arteros y al rigor de una naturaleza dura. Se les ha exigido más que a nadie: su sacrificio se lo piden unas instituciones de las que deriva su legitimidad; se lo exige una sociedad angustiada por la inseguridad; y lo estimula una obligación profesional inexcusable, un espíritu de cuerpo que las preserva del desistimiento. Firmes al lado del orden constitucional, leales al Estado de derecho y la idea de una sociedad libre y a un orden democrático. La memoria las debe librar de ser doblemente víctimas: víctimas de la guerra y víctimas luego de una reconciliación, que si resulta inacabada, las convertiría en chivo expiatorio de las culpas de todos.

La Fuerzas del Estado no piden impunidad. Están listas a enfrentar las malas prácticas de los miembros de sus filas que no hayan acatado las leyes y las normas del honor institucional. Pero no pueden cargar, porque la mayor parte del tiempo, y

.....  
***“Para las Fuerzas Militares y la Policía Nacional, un trabajo serio de memoria e historia resulta necesario. Han tenido una cuota de sacrificio sin igual. Se han enfrentado a enemigos arteros y al rigor de una naturaleza dura.”***  
.....

con la mayor parte de su personal han combatido limpia y lealmente, con responsabilidades ajenas. La justicia, por esencia, no puede ser unilateral y acomodaticia. Si lo fuera, se convertiría en semilla de infortunios nuevos, en obstáculo para la paz y la reconciliación.

Esa es la razón para pedir rigor científico y calidad en el trabajo arduo, el cual, en aras de reconstruir un período largo (larguísimo si se compara con la duración media de las guerras contemporáneas) de la historia nacional. Arduo por la multiplicación de los afectados. Arduo por las versiones encontradas de los protagonistas que las presentarán con encono. Arduo por la dispersión de las fuentes, los lugares y las situaciones. Arduo, en fin, por el dolor que arrastrarán al reconstruir los horrores vividos. Pero eso sí, necesario para tener una base en la cual posar la reconstrucción moral de todo un pueblo tocado por el infortunio.

La Fuerzas Militares y la Policía Nacional están listas a dar lo mejor de sí mismas en la tarea de la memoria histórica. Si han sido grandes y no han desfallecido en una guerra durísima, les será fácil encontrarse a sí mismas en la construcción de la verdad y de la paz. 🕯